

mente á nosotros. A pesar de todo, la idea de nuestra responsabilidad, turba, si no á muchos de nuestros contemporáneos, al menos á un número no despreciable y que va aumentando." ¿Es esto cierto? Así parece, según los datos y manifestaciones de especialistas dedicados á esas cuestiones interesantes. Pero no es muy grande el triunfo todavía. M. Ferdinand Gache asegura sin embargo: "Una cantidad de jóvenes pasa su juventud alegremente, pero ya no se oye tanto como antes, á padres y madres proclamar: "Il faut que jeneusse se posse". El descuido se hace más raro respecto á las decadencias orgánicas ó las taras mentales que se pueden transmitir á los niños. Los hacedores de pena han perdido su arrogancia y no osan más gritar: "¡Después de mí, el diluvio!" Ese grito, lo presiente, levantaría censuras. Se dan cuenta de que alrededor de ellos no se ven ya con descuido la salud, el bienestar, la felicidad de las generaciones por venir." En Washington se celebró en 1908, en el mes de Marzo, el primer congreso internacional en favor del bienestar infantil". Se trabaja por libertar al niño de la herencia de don Juan. Y he aquí que en la ciencia aparece un descubrimiento que hace pensar en Ibsen: el "signo Sisto".

En el mundo médico europeo ha llamado vivamente la atención ese hallazgo del doctor argentino Jenaro Sisto. El signo Sisto—así bautizado por el eminente profesor Comby—es el grito inconsciente del recién nacido que denuncia la herencia donjuanesca, la revelación del veneno paternal. Fué en Buenos Aires en donde la observación

del médico desde hoy ya llegado á la celebridad, encontró que ciertos gritos de los niños de pecho, repetidos "sin cesar y sin razón", como dice el sabio francés, tenían por causa la enfermedad terrible que hiciera escribir un poema á Jerónimo Fracastoro y una pieza dramática á M. Brieux, de la Academia Francesa. Al sospechar el mal heredado, dice el doctor Comby en el prólogo de la obra en que el doctor Sisto trata del asunto, "habiéndose traducido esa suposición, como debía ser siempre en clínica infantil, por el tratamiento mercurial inmediato, nuestro colega tuvo la satisfacción de ver cesar de gritar á sus enfermitos, al mismo tiempo que los síntomas específicos, cuando se presentaban, desaparecían más ó menos rápidamente. La demostración estaba hecha".

Es, pues, el niño con su grito, el prematuro "revenat" ibseniano. Desde la cuna, desde que aparece sobre la faz del mundo, libre ya de la prisión materna, clama que viene herido, que viene, por culpa ancestral, con una carga de sufrimiento. Y por la ciencia, el clínico de hoy, reconoce en seguida al delator.

Siempre el niño ha gritado al venir á la vida. Ya sea que demuestre con ello, como dice el mismo doctor Sisto, que vive, y que tiene la fuerza suficiente para introducir el aire en sus pulmones, cuyo funcionamiento comienza precisamente con ese primer grito; ya que éste señale, al decir de Fernández Figueira, la ruptura de las trabas de la vida intrauterina; ya, según Longnet, que sea dictado por una ley, primitiva de la naturaleza, "la fuer-

za desconocida que domina todos los fenómenos de la vida", ó según d'Espine y Picot—citados todos en la obra de Sisto, sea ese primer grito debido probablemente á la impresión desagradable producida por el aire exterior sobre la superficie del cuerpo, el caso es éste: al llegar al mundo el hombre llora, el hombre grita, como si ya sospechase á dónde llega, como si ya supiese la significación de la litúrgica frase "valle de lágrimas". Las lágrimas vendrán después, pero él ha lanzado el grito.

Notad estas curiosas observaciones. Billard nota que el grito del niño se compone de dos partes: "una sonora, suficientemente prolongada; es el grito propiamente dicho. Se hace oír durante la expiración, empieza y acaba con ella, y es el resultado de la expulsión del aire que sale de los pulmones á través de la laringe. La otra parte del grito es el resultado de la inspiración; el aire, precipitándose á través de la glotis, para introducirse en los pulmones, se encuentra comprimido por la contracción en cierto modo espasmódica, de los músculos vocales, y hace oír un ruido muy corto, pero agudo, á veces menos perceptible que el grito propiamente dicho; es una especie de *reprise* que está entre el grito que acaba y el que va á comenzar. A menudo el grito existe solo y la *reprise* no se hace oír, ó bien sólo se oye la *reprise* y el grito queda ahogado". Y Baginski hace esta observación fónica: "á veces el grito adquiere caracteres patognómicos; y se puede decir, de una manera general, que las vocales "a" y "e" dominan en el grito provocado por la cólera ó el descontento, en tanto que la

vocal "i", expresa el dolor". En el erudito libro del doctor Sisto, *Les cris chez les nourrissons* hay otras cuantas citas de diversos autores respecto á esa manifestación primera de dolor ó de vida, ó de ambas cosas. Pero la "trouvaille" del médico argentino no se refiere á esa clase de grito. Es otro grito, que viene después, el grito constante, persistente, en el tiempo de la primera lactancia, "entre dos semanas y tres, ó cuatro meses", es el grito revelador de la ponzoña hereditaria, la demostración desde hoy, para el facultativo conocedor, del doloroso legado de don Juan.

Hay que leer las observaciones y ver las fotografías de los niños en la obra de que me ocupo. En uno de los casos el aspecto de la criatura no dice nada; se creería, al contrario, que la salud florece y brilla en su aspecto; en otros, sí, se notan el sufrimiento, la degeneración, la tara.

Ni es de mi competencia, ni este es el lugar para entrar en mayores detalles, siquiera fuesen reproducidos de los diferentes casos observados por distintos pediatras y clínicos.

Pero he querido manifestar el placer que he sentido al ver apreciado en su justo valer por sabios de este continente la labor de un estudioso cuyo nombre se agrega á las listas de los eminentes argentinos á quienes se refiere el doctor Comby, cuando escribe: "Nuestros hermanos latinos de la República Argentina, antes nuestros discípulos, y hoy llegando á maestros á su vez".

Roosevelt en París.

Está ya en París, de vuelta de Africa, el yanqui extraordinario á quien algunos quieren llamar el primero en la paz, el primero en la guerra y el primero en el bluff de sus conciudadanos.

Se le ha recibido en Europa como á un rey de raza, mejor que á un rey del petróleo, ó príncipe del algodón, ó de los embutidos. ¿Quién negará su energía, su fuerza, su excelente humor, su decisión y su franqueza? Es todo lo contrario de un tímido, y todo lo opuesto á un ceremonioso. El es el "hombre representativo" del gran pueblo adolescente que parece hubiera comido el "food of god" well-siano, y cuyo gigantismo y cuyas travesuras causan la natural inquietud en el vecindario.

Ya sabía el parisiense de quién se trataba, y cómo el ex presidente, y con seguridad casi seguro futuro presidente de la Unión, había sido recibido por las monarquías italiana y austro-húngara. Los periódicos, que habían dedicado largas columnas á las proezas del gran cazador delante del Eterno y de la máquina fotográfica, estaban listos para la vuelta del vencedor de las fieras de Africa y del enemigo formidable de los trusters yanquis.

¡Maravilloso ejemplar de humanidad libre y brava! Pueden los escritores de humor y de malas intenciones, presentarle como el hombre-estuche, genuina encarnación del espíritu y de las tendencias de su colosal país, así el autor del terrible y sarcástico librito inglés *Abounding America*, en donde

se analiza á un Roosevelt polifacial y multiactivo, político, cazador, literato, militar, universitario, ranchero, orador, diplomático, cowboy, pacificador, periodista, sportsman, conferencista, y otras tantas cosas para las cuales sería preciso enumerar el modo del boyante cura de Meudón.

Lo único que no ha llenado por completo el gusto del buen pueblo de París es no haber podido gritar "Vive le roi!" ó "Vive l'empereur!", al paso del automóvil del americano, que saludó en la estación al embajador Bacon, ante la gravedad del protocolo, de esta sabrosa manera: "¡Hallo, bob!" Sin embargo, se sabe vagamente que es un rey, á su manera, que hay en él carne de emperador y que es un gran admirador del Bonaparte que duerme "á la orilla del Sena". Es un personaje, sobre todo, "pas ordinaire". Y con esto París está encantado. París, digo, el buen pueblo de París, no sabe gran cosa de los Estados Unidos. Pero sabe de los dólares y de las casas de cuarenta pisos; ha conocido á Buffalo Bill y á Bostek, y ha oído en plena plaza de la Opera, en ocasión memorable, tocar marchas y danzas á la banda de Sousa. "Sousa's Band". Sabe que los Estados Unidos tienen mucho dinero y que cada año viene á esta capital del placer un grupo de paseantes que deja un buen porqué de millones. Y todo eso le parece excelente.

El jovial Nemrod ha tenido una buena prensa, sin faltar quienes le hayan hecho notar la inmensa distancia que hay entre el "americanismo" y el verdadero espíritu francés. Ciertamente, dicen unos, el personaje es quizá "un peu trop poussé, trop

"marqué", comme on dit et l'on a pu sourire de cet americanisme qui touche par tant de côtés au bluff, mais qui cependant a une parenté qu'il faut retenir avec l'énergie individuelle". Levasseur encuentra en él "un hombre en toda la fuerza del término y un carácter supereminente". Ve al hombre de acción; pero hace la reserva de que "tal vez Mr. Roosevelt—que he predicado la acción y la elocuencia—ha comprendido menos el carácter de otra clase de hombres de acción, muy numerosos en Francia y mucho más raros en los Estados Unidos, que obran no menos enérgicamente que aquellos cuyo prototipo es él, pero en el silencio del gabinete y en la calma de los estudios abstractos". Y el sabio francés, á propósito de las censuras de Roosevelt contra la causa de la despooblación, observa que "la gran república de los Estados Unidos, por lo menos los estados del Este, y en particular el de Massachusetts, no están menos contagiados de semejante mal". De todas maneras, Roosevelt no es un moralista para esta ó aquella nación, sino para todas las naciones, y hay que agradecer "á ese gran ciudadano, el haber consagrado algo de su tiempo á esa apología de la honradez, de la energía y de la labor incansable". El presidente Fallières, por su parte, expresa que Roosevelt es á la vez un gran ciudadano, un grande amigo de Francia y un grande amigo de la paz. Esto le sentará muy bien al antiguo roughrider que cobró el premio Nobel por hacerse bajo sus auspicios el arreglo ruso-japones.

Y Pichon, que hoy maneja las relaciones exterior-

res, manifiesta que "los caracteres dominantes en esa curiosa fisonomía le parecen ser la voluntad, la energía, el valor y la sinceridad" ¡Buen vagaje, vive Dios! Roosevelt se le aparece "como un hombre sin miedo que no consulta más que á su conciencia y sacrifica voluntariamente á las inspiraciones que recibe, las consecuencias que pueden producir sus actos, sea en lo que le concierne, sea en lo que concierne á los demás. En su concepción de una vida sana, honrada y robusta, tal como á menudo la ha definido, se ha propuesto mejorar las costumbres y elevar el sentido moral en su país. Ha querido para los Estados Unidos una gran fuerza material, porque sabe bien que es el mejor medio de ponerse al abrigo de complicaciones y de conflictos. A él le debe su país poseer una admirable y poderosa marina que ha llegado á ser la institución más popular de la república, siendo tan atacada y negada cuando llegó al poder. Y agrega: "Así es como este "pacifista" se dedica á servir la causa de la paz, en la cual ha dado pruebas que nosotros los franceses debemos recordar más que nadie. Pues, Mr. Roosevelt es un amigo seguro y fiel de la Francia. Nos ha probado su amistad en toda circunstancia con un perfecto desinterés. Ha obrado como hombre de estado que comprende que las dos grandes repúblicas se deben apoyar entre ellas, puesto que obedecen á los mismos principios, prosiguen la misma obra y tienen el mismo ideal.

El ha encontrado muy natural que en caso de dificultades le tendiesen una mano amiga. Hoy es á un amigo á quien recibimos, un amigo sincero, justo y

tenaz, "justum et tenacem". Honrémosle". Amén. Así se ha hecho. Y no ha dado Roosevelt un paso que no haya sido anotado por las gacetas, aun aquellas que han querido emplear, inútilmente por cierto, su ironía bulevardera, que no ha pasado de seguro sin ser notada por el hipopotamicida y rinocerontono.

*
* *

¿Sobre qué les viene á hablar el gran yanqui en la vieja Sorbéona á los atenienses del siglo xx? Pericles hubiera aprobado, sobre "los deberes de un ciudadano en una república". He aquí al hombre de la "streuous life" enseñando en Lutecia los deberes, como él los entiende para con la patria. Se le aplaude, se le celebra. Y si hay quien recuerde lo del "big stick", es para explicar que, como sucede con muchas frases, se ha cambiado en el público el sentido, y se ha tomado una cosa por otra. Y se explica: De tanto hablar del "big stick" se ha llegado á hacer creer á muchas gentes, y no de las de poco más ó menos, que por el más ligero pecadillo, el primo Jonathan aplicaría á las naciones una paliza. Nada más contrario á la verdad. La frase que ha causado tanto ruido, sobre todo, "et pour cause", entre los países hispano-parlantes, es ésta: "Un viejo refrán familiar dice: habla con tono conciliador y lleva un fuerte bastón; así irás lejos. Si la nación americana quiere hablar en un tono conciliador y al mismo tiempo quiere resolverse á construir y mantener en un alto grado de entrenamiento una marina poderosa, la doctrina de Monroe irá lejos. La frase de Roosevelt no es, pues, sino viejo decir latino arre-

glado á su manera: "suaviter in modo fortiter in re".

Nada más distinto que el alma francesa del alma americana. Al hablar ante la parisiense, el norteamericano se quiso poner un diapasón lo más cercano posible. El demócrata, perogrullando un poco, dijo muchas cosas doctrinarias y no pocas utópicas. El pacifista afirmó la necesidad de la guerra en ciertos casos, Francia fué, y no podía ser de otro modo, cubierta de flores. Mr. Barrett Wendell debe sentirse gozoso en su cátedra de Harvard. Solamente, que hay que tener hijos. "No tener hijos, si ello es por cálculo ó por egoísmo, constituye una falta capital. La riqueza de una nación no puede compensar la pérdida de sus virtudes fundamentales, y el poder de la raza, de perpetuar en su raza, es una de las más grandes virtudes fundamentales". El discurso fué largo, vigoroso, bien gestedo y dicho, en fin, de una manera que no se ha usado nunca en el vestufo instituto. El ex presidente no tiene nada que ver con esa cosa tan francesa que aquí se llama buen gusto. Ni le hace falta. El es una fuerza de la naturaleza. Y luego, aquí se conocía al menos por algunos, la frase de John Morley: "He visto en los Estados Unidos dos prodigiosas fuerzas naturales: la catarata del Niágara y el presidente Roosevelt. No sé cuál de los dos es más fuerte". Como sabéis, John Morley no es nativo de Andalucía.

¿Qué le van á hacer á esa potencia elemental, á esa fuerza de la naturaleza, á ese beluario que se las ha visto con leones, elefantes y rinocerontes en Africa y con Rockefellers. Goulds y otras fieras de oro en su tierra; qué le van á hacer, digo, las finas

y bonitas saetas de estos ironistas profesionales? ¿Qué le importa á él que M. J. Ernest-Charles le comente en estilo acidulado, le parodie, ó le señale contradicciones en su conferencia? Él sabe que aquí cuenta con admiradores de fuste, aun entre los hombres de letras, como el incontenible y ciclónico M. Paul Adam, como M. Jean Izouret, como otros cuantos americanizantes ó americanizados. Alguien demuestra en un diario que en su libro sobre Cromwell, Roosevelt está contra Bossuet. Se puede apostar, asegura ese alguien, que si alguna vez recibiera monseñor Merry del Val en el Vaticano á Teodoro Roosevelt, el libro de éste sobre Oliverio Cromwell no sería el tema principal y aun accesorio de la conversación. ¡Ya lo creo! Como también puede afirmarse que una tercera parte del entusiasmo oficial en París, ha sido causada por la negativa del Vaticano á la ya famosa y frustrada visita.

Los franceses han apreciado en su verdadero valor, algunos de los principios rooseveltianos, y sobre todo éste: El hombre, el ciudadano, como la nación, lo primero á que debe dedicarse es á hacer dinero. Una vez hecho el dinero, puede hacer lo que le venga en deseo. Y después, la declaración contra los pocos audaces: "Nada se puede sacar de ese tipo de ciudadano, del cual lo mejor que se puede decir es que es inofensivo. No hay casi lugar en la vida activa para el buen hombre tímido." Como aquí abunda mucho el tipo, como en todos los países llamados latinos, el arranque ha caído bien. Un periodista explicará que no se trata de una timidez puramente exterior, sino de esa falta íntima de confianza

que vuelve á las gentes indecisas, débiles y prepara todas las derrotas. "Esta manera de neurastenia moral se encuentra mucho en progresión en la sociedad moderna, y sobre todo, preciso es reconocerlo, en Francia." Habráse sacado así práctico provecho de la conferencia. Banquetes y banquetes, recepciones y recepciones, hoy en el Elysée, mañana en el Quai d'Orsay, pasado mañana en el palacio de justicia y honores de soberano. Una delegación en que hay un ex presidente del consejo, ministros, diplomáticos, estadistas, llega á propósito de la cacareada é imposible idea del desarme á pedir á Roosevelt su intervención, de tal manera, que ese varón listo tiene que recordar á esos señores importantes que él es un simple particular y que no puede tomar en tal sentido ninguna iniciativa ante ningún gobierno. ¿Qué dirá de todo esto Mr. Taft, cuyos comentados "twosteps" y zapatetas no pudieron hacer el menor contrapeso á las formidables performances de Teddy?

*
**

Este superhombre que está aplastando en París, por ahora, á D'Annunzio y á Rostand, se conmovió ante la tumba de Napoleón. Tuvo en-sus manos el "petit chapeau", la espada. Declaró su admiración fervorosa por el Héroe, con quien se le compara jovialmente en los Estados Unidos, donde se habla de la vuelta de la isla de Elba.

Y apenas ha habido aquí en los periódicos espacio para hablar de otra gloria yanqui, que acaba de desaparecer: Mark Twain.

El fin del mundo.

I

En Tolosa de Francia vivía hasta hace poco tiempo, ó vive aún, si es cierto que tenía el don de profecía, un viejo abate de familia noble y con títulos que él mismo ostentaba con ingenua vanagloria, sobrino de un mártir, nieto del comandante del ejército real victorioso del año VII, descendiente directo de los antiguos condes de Noé. Llamábase ó llámase, Gabriel María Eugenio de la Tour de Noé, "sacerdote de edad de ochenta y seis años cumplidos, presbítero auxiliar de la iglesia de San Jerónimo de Tolosa desde hace cuarenta y cuatro años justos", agregaba en 1904. Amable y venerable coquetería, en quien durante todo ese transcurso acompañó al cementerio á los muertos tolosanos en su calidad de "aumonier".

Este hombre venerable, tan frecuentador de los difuntos, tuvo desde hace más de cuarenta años la idea de calcular, pensando en la "Profecía de los Papas", de San Malaquías, la fecha más ó menos aproximada del fin del mundo. Lo hizo en un libro en que la señalaba para el año 1953. No me negaréis que el cometa de Halley y compañeros dan una resaltante actualidad á dicho libro.

¿Quién fué este inquietante profeta San Malaquías? Estoy muy seguro de que la mayoría de los lectores de *La Nación* no tienen ninguna noticia de él ni de sus vaticinios. Fué un irlandés de Ar-

magh, que nació en 1094, y tuvo gran fama por su intimidad con San Bernardo, su vida ejemplar y los prodigios que realizó. Clemente III le canonizó medio siglo después de su muerte, acaecida en la abadía de Clairboux, á los cincuenta y cuatro años, el 2 de Noviembre de 1148. Advertid lo curioso y fatal de esa fecha de difuntos.

Puesto que ya sabéis quién fué el profeta, bien está que conozcáis la profecía. Esta consta de 112 lemas latinos, que caracterizan alegóricamente á los 112 papas desde Celestino II hasta Pedro II, que será el último Pontífice de Roma. ¿Cómo calcula el abate de Noé? He aquí su principal argumento. Siendo el papado inmortal, y concluyendo éste con Pedro II, es, pues, innegable que con el último papa la humanidad acabará. Establecido este punto, dice un crítico suyo:

"El autor, conociendo el número de los papas que deben reinar hasta el fin de los tiempos, busca la media de la duración del pontificado de cada uno de los jefes de la Iglesia, y esta media, multiplicada por el número de todos los pontífices romanos indicados en la historia eclesiástica, y la profecía maláquica le da el número 1953, que, según él, es la fecha aproximativa del fin del mundo".

El abate examina é interpreta los lemas, y resultando que coinciden con los papas del pasado, supone, no sin razón, que las divisas de los pocos papas venideros justificarán sus cálculos, 1953 y 1910... confesemos que si el Halley nos barre, la equivocación es ínfima en un asunto que trata de la eternidad.

Adviértase que el libro de que nos ocupamos no ha entrado en el "Index", y no solamente esto, ha recibido la aprobación de León XIII, según tengo entendido, y la del actual pontífice.

Por su extraño interés voy á transcribir los lemas y extractar las explicaciones del presbítero de Tolosa. En la explicación de las divisas dice el abate: "Dos cifras preceden el nombre de cada papa: la una indica el nombre ordinal de cada pontífice y la otra el año de su muerte.

1—1144—Celestino II—"Ex castro Tiberis". De un castillo del Tíber.

Celestino II nació, en efecto, en Città di Castello, sobre el Tíber, en Toscana. Su apellido particular era Dicastell.

La primera divisa se encuentra, pues, admirablemente justificada.

2—1145—Lucio II—"Inimicus expulsus". El enemigo expulsado.

Era de la familia Caccianemici, que significa lo mismo que el lema. Además, dice por pasiva el abate: Los romanos, fanatizados por el famoso Hernaldo de Brechia, le trataron como "enemigo" y le expulsaron de la ciudad y aun del mundo, puesto que le mataron de una pedrada.

3—1150—Eugenio III—"Ex magnetudine Montis"—De la grandeza del monte.

Este papa nació en el castillo de Graumont, en italiano, monte magno.

4—1154—Anastasio IV—"Allax Suburraux"—Abad de la suburra.

Este papa se llamaba de apellido Subuni, y ade-

más nació en la calle de la Suburra y fué abad de San Rufo en Avignon.

5—1159—Adriano IV—"De cune albo"—Del campo blanco, ó del campo de alba.

Este papa, único papa inglés, profesó en Saint Albani, y llevaba el hábito "blanco" como canónigo de San Rufo. Eugenio III le creó cardenal y obispo de Albano ó de Alba.

6—1164—Victor IV, antipapa—"Ex tetro carcere"—De negra prisión.

Elegido por dos cardenales discolos, arrojó al verdadero papa, Alejandro III, en una "negra prisión". Este allí volvióse loco furioso, todavía más negra prisión que la otra.

7—1168—Pascual III—Antipapa—"Vía transtiberina"—Vía del otro lado del Tíber.

Fué cardenal de San Calixto en Transtevere, ó sea, al otro lado del Tíber.

8—1178.—Calixto III.—Antipapa.—"De pannonia Tuscia"—De pannonio, ó sobre pannonio toscano.

Henos aquí—escribe el abad—en presencia de un espléndido giro elíptico. La biblia y el Apocalipsis no tienen inspiraciones más sublimes. He aquí el sacerdocio triunfando del imperio, la Iglesia de la tiranía, el "toscano" Alejandro III, papa legítimo, del pagnoniano Calixto III, antipapa, sostenido por el César pagnoniano Barba Roja. Todo eso es divino, termina...

9—1181.—Alejandro III.—"Ex ancere custode"—De la gansa custodio,

Alusión poética y grandiosa á los gansos venera-

dos del Capitolio. Alejandro III, "ancer" apostólico y vigilante, salvó á la Iglesia de tres antipapas imperiales.

10—1185.—Lucio III.—"Lux in ostlo"—La luz en la puerta.

Este papa se llamaba Lucius, nació en Lucca, y fué cardenal, obispo de Ostia.

11—1187.—Urbano III.—"Sus incribro"—El cerdo en la criba.

Se llamaba cribelli. Cribelus es es diminutivo de "cribama", criba. Tenía en su blasón un cerdo.

12—1187.—Gregorio VIII.—"Ensis Laurientie"—La espada de San Lorenzo.

Este papa fué cardenal de San Lorenzo "in encina", y portaba en su escudo dos espadas.

13—1961.—Clemente III.—"Ex chola exiet"—Saldrá de la escuela.

En efecto, era de la familia Escholari, y nació en una casa de la plaza de las Escuelas, dell Escuele.

14—1198.—"De rure bovensi"—Del campo de los bueyes.

Su nombre era Jacinto. Como el jacinto es el adorno de los "campos", el buey es la riqueza de ellos.

15—1216.—Inocencio III.—"Comes signatus"—El conde sellado.

Este papa se llamaba Conti de Segni.

16—1227.—Honorio III.—"Caconicus ex latere"—Canónigo del lado. De simple canónigo que era, Clemente III le llamó á su lado como camarero íntimo, "ad latere". Le hizo intendente de los dineros de la Iglesia.

17—1241.—Gregorio IX.—"Avis ostiensis"—El ave de hostia.

Tenía en sus armas un ave, un águila, y fué cardenal, obispo de Ostia.

18—1241.—Celestino IV.—"Leo Sabrinus"—El león sabino.

Tenía un león en su escudo. Fué cardenal de la Sabina.

19—1254.—Inocencio IV.—"Comes Laurentius"—El conde Lorenzo.

Este pontífice era conde y fué cardenal de San Lorenzo "inten sucina".

20—1261.—Alejandro IV.—"Signum ostiense"—El signo de hostia.

Era de los condes de "Segni" y cardenal de Ostia.

21—1264.—Urbano IV.—"Jerusalem campaniae",—Jerusalén de Champaña. Era francés, de Champagne, y patriarca de Jerusalén.

22—1268.—Clemente IV.—"Dracco de presus".

Tenía en su escudo un águila dominando á un dragón.

23—1276.—Gregorio X.—"Anguineas vix"—El hombre de la serpiente.

Era de los Visconti, de Milán, que portan una serpiente en su escudo.

24—1276.—"Concionatur Gallur"—El predicador francés.

Fué fraile predicador, y aunque no nacido en Francia, arzobispo de Lyon, doctor de París, profesor y provincial de la provincia de Francia.

25—1276.—Adriano V.—"Bonux comes"—Buen conde.

Se llamaba "Ottobone", y era de los "condes" de la banne.

26—1277.—Juan XXI.—"Piscator Tuscus".—El pescador toscano.

Se llamaba Juan Pedro, como el pescador de Besaida, y fué enterrado en Toscana.

27—1280.—Nicolás III.—"Rosa composita".—La Rosa compuesta.

Tenía una rosa en su escudo, y le pusieron por apodo Compositor.

28—1285.—Martín IV.—"Ex telonio liliacel Martini".—De la banca de Martín de los lirios.

Tenía lirios en su escudo y había sido tesorero de San Martín de Tours.

29—1827.—Honorio IV.—"Ex roia leonino".—De la rosa del león.

Tenía en su escudo un león que llevaba una rosa.

30—1292.—Nicolás IV.—"Picus inter exas".—El pico verde entre alimentos.

Era de Ascoli en el Picenun. Ascoli en latín se dice Asisculum ó Esculum. La palabra "escula" es diminutivo de "exa".

31—1294.—Celestino V.—"Ex eremo celsus".—Sacado de la ermita.

Se le sacó, en efecto, de su ermita para elevarlo al pontificado. Además, celsus es casi sinónimo de Facelestis.

32—1303.—Bonifacio VIII.—"Ex undarum benedictione".—De la bendición de las ondas.

Tenían sus armas fasces onduladas. Se llamaba Benedictus.

33—1304.—San Benito XI.—"Concionatun Pata-

reus"—El predicador de Pátaro.—Era fraile predicador y se llamaba Nicolás como el santo obispo de Pátaro.

34—1314.—Clemente V.—"De fascios Aquitanicis".—De las fases de Aquitania.

Era de Aquitania. Su escudo tenía tres fases ó bandas de gules en campo de oro.

Hay respecto á este papa otras explicaciones que omito por no alargar demasiado este artículo.

35—1334.—Juan XII.—"De tutore osseo".—Del zapatero de Ossa.

Se llamaba Deuse ó Dosa, y era hijo de un zapatero.

36—1330.—Nicolás V.—Antipapa.—"Corous Schismatigus".—El cuervo cismático.

Fué Pedro de Corveria.

37—1342.—Benito XII.—"Frigidos abbas".—Fué abad de Fontfroideo. Fuente fría, en la diócesis de Narbona.

38—1352.—Clemente VI.—"Ex rosa Atrebatensis".—De la rosa de Arras.

Tenía rosas en sus armas y fué obispo de Arras.

39—1362.—Inocente VI.—"De montibus Pammachü".—De las montañas de Palmaco.

Tenía montañas en su escudo y fué cardenal obispo de Ostia.

40—1370.—Urbano V.—"Gallus Vicecomes".—Francés Visconti.

Fué francés y subió al papado, siendo nuncio cerca de los Visconti milaneses.

41—1378.—Gregorio IX.—"Novus de virgine fortis".—Fuerte por una nueva virgen.